

ISABELLE PARRISH y ANDRÉS ASTASIO

De postales y pasteles



De postales y pasteles

Isabelle Parrish y Andrés Astasio

atchstories

MatchStories es una colección de Esencia Editorial

© Isabelle Parrish y Andrés Astasio, 2025, autores representados por IMC, Agencia Literaria

© Editorial Planeta, S. A., 2025

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

© Ilustraciones del interior: Shutterstock

Primera edición: septiembre de 2025

ISBN: 978-84-08-30730-3

Depósito legal: B. 11.804-2025

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Limpergraf, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Si compras este libro y respetas las leyes de propiedad intelectual al no reproducirlo sin permiso, por ningún medio, total ni parcialmente, estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.



Prólogo



Rafa

Creo que la he cagado mogollón. Bueno, eso de «creer» es un eufemismo para describir el marrón en el que estoy metido hasta el cuello.

¿Qué haces cuando te enamoras de la mejor amiga de tu exnovia mientras ella sigue pillada de ti y, además, es la encargada de organizar tu boda?

Lo sé, lo sé: guau. «Rafa, te jodes, tío. Eso te pasa por gilipollas», estarás pensando. Tienes toda la razón, pero ya no puedo echarme atrás. Estoy parado frente al altar, con las manos temblorosas y la frente perlada de sudor, mientras mi familia y la de mi prometida presencian cómo estoy a punto de tomar la que considero la peor decisión de mi vida. Aunque todos sabemos que casarse, en ocasiones, puede llegar a ser enrevesado, tampoco esperaba que fuera tan difícil como armarse en la cornucopia de *Los juegos del hambre*.

Supongo que esto sucede cuando dejas que un error tras otro te arrastre hasta el final de un callejón sin salida. No es que haya dicho una mentirijilla de nada, sino que he

sido el chico que se pone una barba blanca para disfrazarse de Papá Noel y les promete a los niños que van a recibir el mejor regalo por haberse portado bien (lo siento, padres del mundo; culpa vuestra por traerlos hasta aquí). Y no hablo solo de las mentiras y las excusas; también de las veces en las que he fallado a personas que lo han dado todo por mí. Imagina una bola de nieve que se hace cada vez más grande descendiendo a toda velocidad por una pendiente. Acojona, ¿verdad? Pues ahora añade que yo soy un pobre esquíador a punto de ser aplastado por esta. Te tengo que dar pena; al menos, un poquito. Intenta acordarte de eso cuando descubras cómo he llegado hasta aquí.

No recuerdo en qué momento se produjeron los cambios ni cuándo se torció tanto el camino, siempre he tenido mala memoria (hasta mi cumpleaños me pilla por sorpresa, así que imagínate). Lo único que sé es que ya es demasiado tarde para arrepentirse.

Le preguntes a quien le preguntes acerca de este asunto, el principal señalado seré yo, que todo lo hago mal. Es más, estarás tentado de sumarte a ellos. Entiendo que los que no conocen nuestra historia me tachen de barbaridades que para nada reflejan lo que soy. No, no soy ningún tóxico ni tampoco suelo hacer *ghosting*, aunque a veces me quede con las ganas. Siempre doy la cara o, por lo menos, eso intento. Si no fuera así, no estaría en el altar, viendo cómo mi madre asiente orgullosa desde el banco de la primera fila. A su lado está mi padre, henchido de felicidad, teniendo en cuenta que el rostro le brilla más que una puta bola de discoteca. Soy consciente de que nunca pensó que encontra-

ría a alguien dispuesto a aguantarme toda la vida y, para ser sincero, yo tampoco. Comparte una sonrisa emocionada con mi suegra, que lleva encima los gin-tonics suficientes como para ganarse un récord Guinness y pasar este mal trago porque, en el fondo, nunca me ha soportado. De mi suegro mejor te hablo más adelante si realmente hace falta, que hay que conocer a todos a su debido tiempo.

Lo que deberías saber ahora es que estoy buscando la salida como un perro una farola en la que mear. Resoplo, reviso el reloj, me ajusto la americana. Cuento hasta diez con la esperanza de tranquilizarme, y luego hasta trescientos al ver que no funciona. El corazón me pide que corra, mi mente me ruega que no haga más tonterías; que me quede quieto y aguante el tipo, como si eso fuera tan sencillo. En cualquier momento, la orquesta dará paso a la novia y, entonces, ella entrará vestida de blanco con todas las esperanzas puestas en nuestro futuro. Y yo solo tendré la certeza, al verla llegar, de que no dejo de decepcionar a la gente que deposita su confianza en mí.

Aunque antes de que me juzgues por casarme con la ex mejor amiga de mi ex mientras me planteo si darme a la fuga o no, deja que te cuente cómo empezó todo.

Corazón partío*Carol*

Supongo que Rafa ya te habrá dado toda esa chapa de que él es un tío que siempre va de cara, no es el malo de la historia y blablablá.

Estupendo, porque entonces también debes saber que el muy cabrón rompió conmigo con un audio de WhatsApp. Sí, sí, como oyes. El 11 de junio a las cuatro y media de la mañana, mientras yo le sujetaba el pelo a una amiga que se había pasado bebiendo en la fiesta de graduación.

—Oye, Carol —arrastraba las palabras con esa cadencia tontorróna que provoca el alcohol, casi como si se estuviera riendo de antemano de su propio chiste—, espero que seas Carol, por cierto, y no le esté mandando esto a mi madre. Porque mi madre te adora, ¿sabes? Se va a cabrear conmigo cuando sepa que lo hemos dejado. Ya sabes que es de las que creen en una vida tradicional y toda esa mierda, así que soñaba con que te pidiera matrimonio justo al terminar la universidad. Y ahora que eso ha ocurrido, resulta que lo dejamos. Le va a dar un infarto, Carol, que ella quería nietos antes de los sesenta.

Nietos, joder, cuando yo ni siquiera sé qué voy a comer mañana.

Rafa hizo una pausa al tiempo que yo sentí las náuseas revolverme el estómago. La mano me tembló un poco, aunque me esforcé por disimularlo lo mejor que pude. Marta ni siquiera se dio cuenta de ese detalle al doblarse por una nueva arcada.

—¿Estás bien? —farfulló cuando alzó la mirada hacia mí. Frunció el ceño, preocupada, al intuir lo que debía de ser mi expresión de espanto. Trató de separarse del retrete al que había estado aferrada como si su vida dependiera de ello, pero le puse una mano en el hombro para detenerla. Tampoco íbamos a tentar a la suerte en ese momento—. No tienes buena cara. ¿También necesitas potar?

—Yo... Eh... —balbuceé, inquieta, y eché un vistazo al móvil que sujetaba a duras penas. Rafa había pasado de «grabando audio» a un simple «en línea», y yo no podía quitarme su voz de la cabeza—. Creo que necesito tomar el aire.

—¡Pues haberlo dicho antes, mujer! Vamos fuera, anda. Seguro que Rafa nos está esperando allí.

—Rafa... —repetí. Pronunciar su nombre me sentó como una patada en la tripa, pero asentí y me tragué las lágrimas.

Quizá fui la persona más egoísta del mundo, porque dejé atrás los cubículos del baño sin preocuparme de si Marta me seguía el ritmo. Lo único que tenía en mente era salir de allí. Y encontrar a Rafa, claro, para preguntarle a qué cojones se refería con toda esa palabrería de «dejarlo» y «nietos». Ni que nos fuéramos a comprometer al día siguiente, ¿a qué venía todo eso?

Me quité de un puntapié las botas negras de estilo militar que había decidido llevar a la fiesta. Me dolió abandonarlas en una esquina del local, pero tampoco estaba pensando en el dineral que me habían costado mientras tiraba de la mano de Marta para dirigirnos al jardín. Lo habían decorado con birretes de goma EVA y confeti, pero a mí me pareció más triste que otra cosa. Si esa impresión se debió a la angustia que me invadía desde dentro es algo que, hoy por hoy, todavía desconozco.

—¡Tú! —bramé en cuanto le vi la nuca a mi novio. Le habría soltado una colleja, pero, claro, ni siquiera eso habría bastado para calmar el dolor que me había producido oírle decir eso—. ¿Se puede saber de qué narices vas?

Rafa parpadeó un par de veces, desconcertado, y miró detrás de mí como si la visión lo perturbara. El muy imbécil tenía un vaso en lo alto, como si hubiera estado a punto de hacer un brindis.

—¿Marta está bien? —fue lo primero que preguntó, intuí que porque no me había oído.

Ah, es verdad. Yo había desaparecido durante varios minutos para acompañarla al baño y, a juzgar por la manera en la que esta se había sentado en el césped mal cortado, abrazada a las rodillas y con los labios apretados en una mueca, aún no se había recuperado.

Resoplé, puse los ojos en blanco y le tendí un pañuelo para que se limpiara la máscara de pestañas que se le había corrido sobre las mejillas. Ya me lo agradecería después.

—Pues ¡yo qué sé, Rafa! ¿Por qué no se lo preguntas a ella? —La señalé con la cabeza, pero él no apartó los ojos

de mí, atento a mis palabras igual que si fuera a perderse algo importante. No parecía estar arrepentido o con el corazón roto y eso me recordó que yo sí estaba al borde de las lágrimas por culpa de ese estúpido audio—. Marta es tu amiga —añadí, más calmada—. Por eso la he acompañado a vomitar, ¿recuerdas? Porque estamos en tu graduación con tus amigos y yo soy tu novia. Al menos, eso creía hasta que me has enviado ese mensaje. ¿Qué significa? —Aunque me hubiera gustado asegurar lo contrario, la voz se me rompió en la última sílaba—. ¿Ibas en serio cuando decías que querías romper conmigo?

—Carolina... —Pasaron un par de segundos en los que se frotó la nuca, enrojeciendo como si se hubiera acordado de repente de lo que había hecho y la situación lo avergonzara. Además, había dicho mi nombre completo. Mala señal—. No tenías que enterarte de esa manera. Joder, lo siento.

—Has sido tú el que me ha enviado ese puñetero audio, lumbreras.

—Si es que bebiendo se me suelta la lengua, ya lo sabes. —Levantó una mano para acercarme hacia él, pero yo retrocedí como un animal asustado. Ni de coña iba a permitir que me consolara con un abrazo en una situación como esa—. Lo que trato de decirte es que deberíamos hablarlo. Las cosas no nos han ido bien últimamente...

A partir de ese momento, Rafa empezó a soltar una barbaridad tras otra. Comenzó con «Te juro que no digo en plan cliché eso de que no es por ti, sino por mí. ¡Es que esta vez es así!», siguió con «Vale, quizá lo de los nietos ha

sido apresurarse» y concluyó añadiendo: «Acabo de terminar la carrera, Carol, ¿cuál se supone que es el siguiente paso?».

—¡No tengo ni puta idea! —estallé yo con las manos en alto. Vi con el rabillo del ojo cómo varios curiosos se congregaban a nuestro alrededor, pese a que no podía importarme menos ser el centro de atención. Solo lo veía a él, y supongo que ese fue siempre mi problema—. Yo tampoco lo sé, Rafa, pero sí pensaba que lo nuestro era sólido; que éramos la roca del otro. ¿Y ahora vas a dejarme porque terminas la universidad y has entrado en crisis al no saber qué hacer?

—Entiéndeme. —Me tomó de las manos, observándome con gesto suplicante. No era justo que el traje le quedara tan bien, que los mechones lacios del flequillo se le rizaran por el calor de la noche y que yo sintiera ese impulso irrefrenable por peinarlo—. Tengo veintidós años, Carol, y llevamos juntos desde que cumplí los diecisiete. Tenemos que darnos el tiempo y el espacio de crecer más allá de nosotros.

Sí, sé lo que estás imaginando: tenía a alguien más en mente. Consideras que es la única explicación lógica para todo aquel discurso sin pies ni cabeza. Eso solo demuestra que no conoces a Rafa. Seguro que piensas que era una ingenua por confiar demasiado en él y creer que era sincero, que de verdad quería algo más de libertad después de haber estado juntos tanto tiempo, y la Carolina de ese momento, que iba descalza y algo borracha, te lo habría negado una y mil veces.

Habría puesto la mano en el fuego por él y me habría quemado al instante.

Sin embargo, la Carolina que recuerda esa noche con perspectiva se ríe de la del pasado. Sabe que llamó a un taxi con el corazón roto y el orgullo dañado, siendo consciente de cómo su novio —ex, por mucho que le doliese corregirlo en su mente— y sus compañeros de clase comentaban lo que acababa de pasar.

—Necesito espacio. —Fue la manera favorita de Rafa de justificarse durante un tiempo, haciendo aspavientos para restarle importancia—. Seguro que volvemos cuando acabe el verano.

Y yo así lo creí también, al menos en un principio. Luego empezaron a llegarme los rumores de que se había ido primero a las Baleares y luego a las Canarias, y ni siquiera sus padres estaban al tanto del rumbo que había tomado su vida. «Sentará la cabeza, cariño, ya verás», me dijo su madre un día.

Lo que no esperaba era que lo hiciera con mi mejor amiga.

Han pasado tres años desde aquella fiesta de graduación, y no solo Cayetana y él se enrollaron durante ese verano; también empezaron a salir y me apartaron de sus vidas como si yo jamás hubiera tenido ningún impacto en ellas. Se mudaron a vivir juntos a los seis meses, empezaron a posar de forma idílica en todas las fotos que a partir de entonces han subido a las redes sociales y con el tiempo, por fin, se comprometieron.

Y aquí estamos, en el que promete ser el acontecimien-

to del año: su boda. Evento que a mí —maldito el día que decidí convertirme en *wedding planner*— me ha tocado organizar.

Así que, Rafa y Cayetana: ahora que todos saben cómo comenzó vuestro gran «felices para siempre», es momento de comer muchas perdices y tener una buena noche de bodas. No os preocupéis de nada, porque yo, tal y como me habéis pedido, me encargo del resto.

Eso sí, luego no digáis que no os lo habéis buscado.